

Homilía del Sr. Card. Mario A. Poli en la Ordenación Presbiteral

Parroquia San Benito Abad | 5 de noviembre de 2016

Textos de la Liturgia de la Palabra: Filipenses 4, 10-20; Salmo 22 y Lc 15, 11-32.

Un corazón fraternal, paciente y misericordioso para que la vida sacerdotal sea reflejo del don divino que Dios pone en manos de quienes Jesús eligió hoy como sus nuevos discípulos, para que completen su obra y lleven su Palabra de Salvación a todos los hombres. Fueron las palabras del Cardenal Poli en el contexto de la Ordenación Sacerdotal de los nuevos presbíteros para la Arquidiócesis de Buenos Aires: Martín José Clavijo, Pedro José Giudice y Tomás María Sodor.

Queridos hermanos:

Estos hijos nuestros, de los cuales muchos de ustedes son familiares y amigos, serán ordenados para el ministerio presbiteral; por eso, es importante que consideren atentamente la función que van a desempeñar en la Iglesia.

Es verdad que todo el Pueblo Santo de Dios ha sido constituido como un sacerdocio real por su incorporación a Cristo; sin embargo, el mismo Jesucristo, nuestro gran Sacerdote, eligió a algunos discípulos para que ejercieran públicamente y en su nombre, el ministerio sacerdotal en la Iglesia, al servicio de los hombres. Él, que fue enviado por el Padre,

envió a su vez a los Apóstoles para que ellos y sus sucesores, que son los Obispos, completaran en el mundo su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor.

Nos ayuda a comprender lo que estamos celebrando la parábola del Padre misericordioso, porque despierta en los oyentes sentimientos profundos que el corazón humano está bien dispuesto para recibirlos.

Por un lado, el hijo menor, díscolo, caprichoso y deseoso de abrirse camino solo. El desencanto de una vida superficial, una experiencia dolorosa y el hambre, lo vuelven a la casa paterna. El joven se equivoca cuando en el camino va repitiendo: «Padre, ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros...». La filiación es un tesoro que Dios nos regala en el Bautismo y no se pierde nunca, aun en situación de pecado.

En el centro de esta parábola se destaca la actitud del padre. El no dejó de esperar el regreso del hijo desde el mismo momento que aquel cruzó el umbral de la casa. Ahí estaba, oteando el horizonte y esperando la resurrección de su hijo. El encuentro se da entre



Momento de la celebración eucarística presidida por el Card. Poli y concelebrada por numerosos sacerdotes

abrazos y besos, porque el anciano padre celebra la vida de su hijo que estaba muerto, y por eso manda que se realice una gran fiesta. Es tanta la alegría de la vuelta que todo se ha olvidado. No hay reproches: por el contrario, con la ropa, el anillo y el calzado le devuelve la dignidad de hijo.

¿Qué es lo que ocurrió? En el corazón del padre se ha encendido la temura de su misericordia, alimentada en la espera orante, paciente, de un padre que no olvida que el hijo que se fue de casa es sangre de su sangre y esperando su regreso, casi como única actividad de sus días, no puede menos que perdonarlo y empezar de nuevo. Para nuestro Padre Dios no hay causas irredentas, porque no hay hombre o mujer que no puedan ser alcanzados por la redención de Cristo. Para ello les deseo en su ministerio, lo que Pablo le dice a los Filipenses: «Solamente quiero darles la ocasión de que ustedes se enriquezcan cada vez más delante de Dios».

En el contexto de esta ordenación, pienso que la vida sacerdotal necesita crecer en este sentimiento paternal, sin el cual el ministerio se hace una gestión tediosa, un oficio que obedece más a la ley que a la gracia; en cambio, el don recibido gratuitamente en este sacramento es un ministerio misericordioso, insolidario con el pecado, pero tierno con el pecador, tan tierno como el abrazo cálido del padre de la parábola. Una vez más se confirma la lógica de Dios, que no admite que se pierda un solo hombre, y por eso la fiesta expresa la alegría que hay por un solo pecador que se arrepiente y pega la vuelta, que por noventa y nueve justos que siguen su camino.

La unción del crisma que recibirán en sus manos es signo incontenible del don del Espíritu. Es para que llegue a los hermanos: bendiciendo, consagrando, consolando. No se lo guarden, porque el aceite se pone rancio y amarga nuestro ministerio: salgan de esta



Sagrado gesto de disponibilidad a la acción del Espíritu Santo acompañado con la letanía de los santos

ordenación a experimentar su poder y su eficacia redentora.

Falta un personaje, al cual el padre de la parábola tuvo que salir a su encuentro para no dejarlo fuera de la fiesta: el hijo mayor. Representa a todos aquellos que no admiten una posibilidad de cambio, incrédulos de lo que es capaz un corazón arrepentido. La expresión: «ese hijo tuyo», muestra su intolerancia y cerrazón a la nueva vida que merece vivir su hermano de sangre. Pero una vez más, el padre muestra su grandeza de alma, al decir que todo le pertenece. Lo invita a compartir la alegría de la vida y a no quedarse con la tristeza de su corazón cerrado. El Papa

Francisco enseña: «Por creer que todo es blanco o negro a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento, y desalentamos caminos de santificación que dan gloria a Dios. Recordemos que “un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades”» (Amoris Laetitia, 305).

Estos hermanos nuestros, después de pensarlo seriamente, van a ser ordenados sacerdotes en el grado de presbíteros: así harán las veces de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, para que su cuerpo, que es la Iglesia,

se edifique y crezca como pueblo de Dios y templo del Espíritu Santo.

Al asemejarse a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y al unirse al sacerdocio de los obispos, ellos quedarán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el Evangelio, apacentar al pueblo de Dios y celebrar el culto divino, especialmente en el sacrificio del Señor.

Por eso, ustedes, queridos hijos, que ahora serán ordenados presbíteros, deben cumplir el ministerio de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Anuncien a todos los hombres la Palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría. Mediten la ley del Señor,

crean lo que leen, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan.

Que la doctrina de ustedes sea un alimento sustancioso para el pueblo de Dios; que la fragancia espiritual de sus vidas sea motivo de alegría para todos los cristianos, a fin de que con la palabra y el ejemplo construyan ese edificio viviente que es la Iglesia de Dios.

Les corresponderá también la función de santificar en nombre de Cristo. Por medio de su ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles alcanzará su perfección al unirse al sacrificio del Señor, que por sus manos se ofrecerá incruentamente sobre el altar, en la celebración de la Eucaristía. Tengan



Los Padres Sodor, Clavijo y Giudice se confían a nuestra Madre, la Virgen de Luján



Los nuevos sacerdotes junto a los obispos y al P. Miranda, Rector del Seminario

conciencia de lo que hacen e imiten lo que conmemoran. Por tanto, al celebrar el misterio de la muerte y la resurrección del Señor, procuren morir ustedes mismos al pecado y vivir una vida realmente nueva.

Al introducir a los hombres en el pueblo de Dios por el bautismo, al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia por medio del sacramento de la penitencia, al confortar a los enfermos con la santa unción, y en todas las celebraciones litúrgicas, así como también al ofrecer durante el día la alabanza, la acción de gracias y la súplica por el pueblo de Dios y por el mundo entero, recuerden que han sido elegidos de entre los hombres y puestos al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios.

Con permanente alegría y verdadera caridad continúen la misión de Cristo Sacerdote, no buscando sus intereses sino los de Jesucristo. La reciente canonización de San José Gabriel del Rosario Brochero, Patrono del clero argentino, los inspire para una entrega generosa: «Yo bien comprendo –escribía él a su obispo–, que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta lo último de la vida, batallando con los enemigos del alma, como los leones de la sierra, que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa».

Que la Virgen de Luján los atraiga siempre a su corazón y a su Santuario, donde Ella derrama abundantes gracias a sus hijos sacerdotes. ■